



**BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES**

**BIBLIOTECA AFRICANA**

[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

**MARCIAL DOUGAN**

*A pesar de todo*

[Fragmento]

**Edición impresa**

Marcial Dougan, *A pesar de todo* (2014)

**En**

Marcual Dougan (2014) *A pesar de todo* Barcelona: Carena. (pp. 111-115)

**Edición digital**

Marcial Dougan, *A pesar de todo* (2015) Fragmento

Inmaculada Díaz Narbona (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Diciembre de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por Josefina Bueno Alonso.



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante



# ***A pesar de todo***

## **Marcial Dougan**

### **La tercera entrevista**

Tuvo que pasar bastante tiempo, semanas o quizá meses, para que Juan se decidiera a realizar la siguiente entrevista. En parte, por la gran impresión que le habían causado las dos primeras y, también, porque necesitaba mucho valor para acometer ésta en particular.

Como siempre que sus obligaciones, que afortunadamente eran pocas, se lo permitían, Juan se dejó caer por casa de su abuela.

– Buenas tardes, abuela –con educación. Sabedor de que si había un saludo que sacaba de quicio a su “vieja”, era el saludar con un simple “hola”.

– Buenas tardes hijo, ¿qué tal estas?

– Bien, abuela –respondió Juan, al tiempo que se servía un mango y le hincaba el diente.

Se tumbó en el sofá, con las zapatillas puestas y esperó impasible a recibir la reprimenda. Era casi un ritual. Pero se quedó con las ganas, porque la respuesta de la abuela fue de lo más perspicaz.

– De repente, parece que ha crecido tu amor por mí. Tus visitas antes eran semanales, luego pasaron a ser cada tres o cuatro días. Ayer estuviste aquí. Por supuesto que me agradan tus visitas, y ésta es tu casa, pero tengo la impresión de que intentas decirme algo y no te atreves o no encuentras el momento oportuno –dando por hecho que estaba en lo cierto, le preguntó. ¿Tiene que ver eso con el trabajo de investigación que estás haciendo?

Juan no salía de su asombro. Por mucho que respetaba las canas, en ningún momento se podía imaginar que su abuela se expresara así. Con tanta clarividencia y rotundidad. Sobre todo porque tenía razón. Ni él mismo se había dado cuenta de la frecuencia de las visitas.

Siendo su madre mulata, se puede decir que realmente fue quien propició en él ese desmesurado afán por conocer la realidad de su pasado. Pero el estricto respeto hacia los mayores hacía inviable en su infancia o adolescencia hacer cierto tipo de preguntas. Posteriormente, los comentarios de la sociedad, especialmente de la gente mayor, ya se encargaron de regar y cultivar esa curiosidad hasta convertirla en algo digno de estudio.

Era cierto que no podía excluir de sus entrevistas a su propia abuela, pero si no llega a ser por la rotundidad de sus palabras, nunca se hubiera atrevido. En estos instantes no le quedaba otro remedio que aprovechar la oportunidad e intentar salir bien del apuro.

– Nunca antes una frase hecha fue tan acertada para el momento. “Más sabe el zorro por viejo que por zorro”, dicen, y viene como anillo al dedo. Has acertado tan de lleno que no hay modo de ocultar mis intenciones –Juan emitió un suspiro y desviando la mirada inició un relato cronológico.

– Muchas veces a lo largo de mi vida he tenido que escuchar que “las negras que se acostaban con blancos y tenían hijos mulatos, lo hacían por dinero”. Esto para mí era un insulto hacia ti y no lo podía soportar. Cuando crecí un poco, un anciano de la tribu me dijo que eso no era cierto. Al revés, que hace años la gran mayoría de mujeres en esa situación era porque habían sufrido algún tipo de violencia sexual –ahora, Juan tenía la mirada clavada hacia el suelo. Intentando transmitir señal de arrepentimiento–. Por eso, tras estudiar derecho, estoy investigando hasta qué punto hubo violencia sexual y qué se puede hacer.

– Eso, ¿qué esperas conseguir? Y sobre todo ¿cómo lo vas a conseguir?

Acto seguido, Juan la puso al día sobre todas sus diligencias, las respuestas de su universidad. Las entrevistas realizadas. Al citarles los casos de las dos señoras, obviamente sin desvelar las identidades, para sorpresa y rabia de Juan, su abuela le puso nombre y apellidos a cada caso.

– ¡Maldita sea abuela!, ¿quieres decirme que estos casos no solo son verídicos sino que son conocidos por toda la sociedad?

– Estos y otros muchos más, ¿qué esperabas que hiciera la gente? ¿Acaso una guerra?

– No, pero algo. Yo qué sé. ¿Por qué a mí me puede preocupar hasta el punto de intentar hacer algo y en cambio, durante décadas, nadie ni por nuestra parte ni por parte de los colonos, repito, nadie ha movido un dedo? –Juan se mostraba alterado– ¿Es que yo soy diferente? ¿En qué?

No obtuvo respuesta a sus preguntas, pero sí una pregunta que le torturaba y vibraba en sus sesos desde hacía mucho.

– Me imagino que quieres saber también si fui violada, forzada o si ejercieron sobre mí algún tipo de violencia sexual que condujo a la concepción de tu madre ¿verdad?

El peso de la educación recibida, mezclado con la tradición, no permitió responder a Juan. Pero la ausencia de una respuesta negativa fue suficiente para la abuela.

– Pues mira hijo, no te voy a dar ese gusto o disgusto. Cualquier respuesta tendría doble lectura y podrías malinterpretarlo. Si confirmo violencia sexual, te estaré alentando y dando más motivos para tu lucha. En cambio, si lo desmiento, al margen de reducir tu interés, siempre te quedará la duda de saber si solo lo dije por aplacar tu sed de justicia.

– ¿Crees que así sin pronunciarte me ayudas en algo? Por lo menos, aunque fuese mentira, podías decirme que no sufriste abusos.

– Un momento, un momento por favor –intervino la abuela, esta vez con bastantes signos de contrariedad–¿Entonces tu grandiosa causa es solo para ti? Para limpiar tu ego personal. Porque si

me pides que haga esa afirmación aunque sea mentira, ¿dónde entro yo? “Aunque sea mentira”, cura tu mente, pero ¿y la mía y la de todas las otras mujeres que también sufrieron abusos?

– Perdóname abuela, tal vez no he sabido expresarme. No te puedes imaginar cuánto me importa lo que hayas podido pasar. Lo único que pretendía era que te pronunciaras por muy cruel que fuera, para extraer fuerzas de tus miserias. No era mi intención ofenderte, ni a ti ni a las demás mujeres que vivieron tu situación.

A ambos, nieto y abuela, se les notaba que tenían la sensibilidad a flor de piel. Él, por no ser precisamente un tema que nadie va por ahí comentando con su abuela. Ella, quizá por rememorar vivencias del pasado.

La tensión propia de la conversación generó la chispa que por fin le soltó la lengua a la mujer.

– Además, antes de echar más mierda sobre *mi* nombre, porque eso es lo que va a ocurrir cuando todo esto vuelva a salir a la luz, ¿sabes qué otra cosa podías hacer? ¿Por qué no tratas de encontrar a los culpables y que se enfrenten a la historia o justicia o lo que quieras finalmente hacer? –continuó en plan monólogo—. No, tampoco te estoy exigiendo que vayas en busca de toda la gente que cometieron abusos, porque debería empezar por enviarte a mi propia aldea, pues el primer abuso consistió en concertar mi boda con un desconocido. Y otras muchas cosas supuestamente para beneficiarme, pero que no cumplieron su cometido.

Juan, que aún dudaba de si antes había ofendido o no a su abuela, no contestó. Pero pensó que en este instante lo sensato sería decir algo, pero no sabía el qué. Así que se levantó. Dio un par de vueltas a la pequeña mesa central sin decir nada.

Su abuela lo observaba. ¡Ay, los hombres!, pensó. ¿Por qué se empeñaban siempre en llegar hasta el fondo de todo?

Finalmente Juan pensó que por hoy había sido bastante. Se acercó a ella y le dio dos besos en la mejilla.

– Hasta luego, abuela –se despidió.

– Hasta luego, hijo mío –respondió ella.

Pero justo cuando se iba a marchar, ella alargó el brazo como para retenerlo. Lo retuvo solo unos segundos, pero no se atrevió a decirle lo que realmente pensaba, y que no era otra cosa que desearle buen viaje, porque sabía perfectamente que cualquier día se enteraría de que su amado nieto se había marchado a su pueblo natal en busca de las raíces de tanta injusticia.